

Ortega y Marias: sobre la filosofía de la enseñanza superior (1930-1980)

En su «prólogo a la edición inglesa» (1954) de la *Introducción a la Filosofía*, Julián Mariás define la relación del pensamiento de una persona respecto al de su maestro de esta forma: inexplicable sin él, irreductible a él. La verdad de esta afirmación queda ilustrada una y otra vez cuando se hace un estudio comparativo de los escritos de José Ortega y Gasset y de su discípulo más conocido, Julián Mariás. Uno de los ejemplos más notables de esta relación es el que se refiere a la filosofía de la enseñanza superior de los dos pensadores, notable porque ambos escribieron sobre «la misión de la universidad» y porque, como lo quisieron las circunstancias históricas, lo hicieron exactamente a medio siglo de distancia.

A fines de 1930, Ortega, que entonces ocupaba la Cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid, pronunció una conferencia en la Federación Universitaria Escolar, a petición de ésta, sobre un tema relativo a la reforma de la enseñanza superior. La reforma era una conversación que continuamente gravitaba en el aire durante el año crítico que transcurrió entre el final de la Dictadura bajo la Monarquía y la proclamación de la República, y los estudiantes universitarios distaban mucho de ser apolíticos ante la situación. Ortega escogió como tema el más fundamental para cualquier reforma imaginable: «La misión de la universidad». Había aceptado la invitación, informó a su audiencia, «con gran entusiasmo, pero con poca fe». Quería dejar grabada en los jóvenes su «buena fortuna» de hallarse en una encrucijada magnífica en el destino de su país: un momento que estaba lleno de posibilidades para el amanecer de una era insigne. Su entusiasmo, no obstante, era mayor que su fe, pues el optimismo de Ortega no le cegaba ante el hecho de que sería *la gente* quien tendría que formular y llevar a cabo la reforma, y no el grupo que entonces parecía capacitado para ello. Esperaba que esto cambiaría pronto, pese a que haría falta que la vida nacional pasase de su «chabacanería» a la situación opuesta de «estar en plena forma». A menos que se produjera esta transformación, no habría grupo que pudiera enmendar las cosas apreciablemente. El reto preciso que

se presentaba ante la generación más joven era dejar de ser «descuidada» y ponerse «en forma», en el lenguaje deportivo, para realizar la reforma que durante siglos no se había logrado por falta de tono. Tal reforma no tiene por qué ser meramente negativa. Más que limitarse a corregir los abusos, por extendidos que estén, debe crear usos nuevos y saludables: los que nuevos tiempos y nuevos problemas requieren.

Para determinar la misión de la universidad, como requisito previo a la reforma, es necesario definir lo que es la universidad contemporánea. Ello se consigue observando las características comunes que poseen las universidades. Ante todo, vemos que la universidad es la principal institución que imparte la «enseñanza superior». Los estudiantes que asisten *no* son todos los que podrían o deberían recibir esta educación, señala Ortega, sino sólo los hijos de las clases acomodadas. Aunque esta exclusión de las clases trabajadoras es difícil de justificar o defender, la «universalización» de la universidad para que incluya todas las clases, suponiendo que el conocimiento que se adquiere en la enseñanza superior sea valioso y deseable para todas las clases económicas, exige la ayuda del Estado. Así, pues, la reforma de la universidad, para hacerla eficaz en el cumplimiento de su misión, depende de la reforma del Estado.

A primera vista encontramos que la enseñanza superior que se da en la universidad consiste en dos cosas: profesionalización e investigación. Además de enseñar a la gente a ser médicos, abogados, profesores, administradores públicos, allí se cultiva, mediante la investigación y la transmisión de esos métodos a la generación siguiente, lo que llamamos «ciencia», que Ortega entiende, según yo lo interpreto, como un saber «sistemático» en cualquier terreno. Estas dos tareas no son en absoluto idénticas. Ser un médico, por ejemplo, no es lo mismo que ser un fisiólogo. Sólo el primero ejerce una profesión de la que cualquier sociedad necesita numerosos individuos; mientras que el segundo se ocupa principal o «puramente» de la investigación, para lo cual la sociedad necesita muchas menos personas.

Si miramos más allá, descubrimos que «casi siempre se exige al estudiante» que, además de sus estudios profesionales y de investigación, asista a algún curso «de carácter general». Para reconocer que estos cursos de educación general son un «último, miserable residuo de algo más grande e importante» no hay que ser muy perspicaz. En tanto que residuos, no se percibe que estos cursos de educación general tengan algún propósito, sirvan a algún fin. Los intentos de justificarlos son vagos y reductibles a la afirmación de que los estudiantes deberían recibir alguna «cultura general».

El término «cultura general» es absurdo porque es tautológico. La «cultura», referida a la mente humana, y no a la agricultura, no puede ser sino general. Si el ser culto se aplica a un solo campo, la física, por ejemplo, lo que tenemos es sencillamente a alguien versado en una materia particular. Persistir en llamar «cultura general» a este tipo de saber delata la idea subyacente de que los estudiantes universitarios deberían recibir

«conocimientos ornamentales» que educaran —de alguna forma no explicada— su carácter moral o su intelecto. Un propósito tan vago como éste lo puede cumplir *cualquier* disciplina.

Sólo cuando volvemos la vista al origen de la universidad en la Edad Media nos damos cuenta de que lo que es hoy un residuo constituía entonces la enseñanza superior misma. La investigación que se hacía en la Edad Media no era parte de la universidad, y la preparación profesional le incumbía poco. La misión que las primeras universidades se proponían era, sobre todo, la enseñanza de la teología, la filosofía y las «artes». Esta «cultura general» no era un ornato mental ni una formación del carácter. Era más bien un «sistema de ideas» —respecto al mundo y la humanidad— que poseían las personas que estaban a la altura de su tiempo, y del cual, o por el cual, vivían. Este conocimiento era «cultura» en el sentido de que la cultura salva la vida humana de ser un mero desastre, de permanecer en un continuo caos, a la deriva. *Por medio* de las ideas de la cultura vivimos, elegimos hacer una cosa en vez de otra, y así, *las hacemos* nuestras. El resultado del abandono de esta misión original de la universidad ha llevado a la perniciosa situación en la cual un licenciado medio de una universidad de nuestra época es inculto e ignorante del sistema esencial de ideas respecto al mundo y el hombre que pertenece a nuestra fecha y a nuestro tiempo. Este «nuevo bárbaro» es, sobre todo, el profesional educado y el «científico», quien, con más conocimientos que nunca, es, simultáneamente, más inculto que nunca.

La culpa de esta barbaridad, «este esencial y trágico anacronismo», la tienen las «pretenciosas» universidades decimonónicas de todos los países. Pese a su innegable servicio al progreso de la ciencia, durante el siglo pasado las universidades fracasaron en no ver que, más aún que una buena formación para las profesiones, lo que la sociedad necesita es garantizar una buena educación para los que gobiernan la sociedad, sean un grupo o una clase, pocos o muchos. «Gobernar» no significa tanto el ejercicio legal de la autoridad sobre el cuerpo político como la capacidad de hacer de la propia vida «una influencia vital», en armonía con la altura de los tiempos, para aquellos que buscan ejemplo u orientación.

La función básica de la universidad, lo que la universidad debe por encima de cualquier otra cosa, es ser la institución que enseña a los que buscan una educación superior el sistema de ideas vivas que la época ha alcanzado. Esto es tan verdad para las clases burguesas, cuya mayoría se compone de los profesionales que gobiernan hoy, como lo sería para las clases trabajadoras en el caso de que asumieran el gobierno de la sociedad *mañana*. Sin embargo, pensándolo bien —como vemos en la nota que Ortega añadió a este párrafo en su versión publicada, y más ampliada—, en la práctica los trabajadores gobiernan de hecho, compartiendo esta función con la burguesía. «De aquí», proseguía Ortega, «que sea urgente extender a ellos» la educación universitaria. Sin un sistema de ideas que eleve a la clase gobernante a la altura de los tiempos, cualquier régimen será pronto

suplantado al no poder hacer frente a las necesidades de los que viven en la época contemporánea. En conclusión, vemos, o deberíamos ver, que la enseñanza universitaria comprende tres funciones: 1) la trasmisión de la cultura; 2) la enseñanza de las profesiones, y 3) la investigación sistemática y disciplinada (científica) y la formación de nuevos hombres de ciencia. Esta conclusión no responde del todo a la pregunta: ¿cuál es la misión de la universidad? Más bien, ha «preparado» la cuestión. La ha preparado en cuanto que pone de relieve el hecho de que —aun excluyendo la transmisión de la cultura como parte de su misión— la universidad actual hace imposible, incluso para el estudiante mejor que mediano, acercarse siquiera a aprender lo que la universidad pretende enseñar. Sin embargo, toda institución, sea educativa o política, existe precisamente en beneficio del hombre medio. En cuanto que pretende lo imposible, la universidad de hoy es un abuso en sí misma, una falsedad manifiesta, un fraude. Cualquier verdadera reforma universitaria debe ser, ante todo, realista o auténtica. En lugar de enseñar lo que debería enseñarse según un deseo imposible, la universidad debe enseñar lo que se puede aprender, como debe toda institución docente. Sólo cuando se tengan en cuenta los tres factores elementales de la educación, a saber: lo que se enseña, el que lo enseña y el que aprende, estaremos en el camino de la reforma. La educación, y la organización misma de las instituciones educadoras, tienen que dejar de centrarse en el enseñante o en el saber. Deben enfocarse sobre el que aprende; han de considerar crucial el hecho de que lo que hay que aprender es absolutamente desproporcionado respecto de la capacidad de aprendizaje. En otras palabras: «la universidad tiene que ser la proyección institucional del estudiante, cuyas dos dimensiones esenciales son: una, lo que él es: escasez de su facultad adquisitiva de saber; otra, lo que él necesita para saber vivir». Esto es lo que la universidad debe ser, aunque tiene, además, que ser más cosas.

Es necesario, ante todo, hacer del estudiante corriente o medio una persona culta, poseedora de un sistema de ideas que la capaciten para vivir a la altura de los tiempos. Para lograr esto, la universidad ha de enseñar las «grandes disciplinas culturales». Estas son: *física* (o imagen física del mundo), *biología* (o fundamentos de la vida orgánica), *historia* (o proceso histórico de la humanidad), *sociología* (lo que algunos llaman ciencias sociales o de la conducta, que se ocupan de la estructura y funcionamiento de la vida social) y *filosofía* (o «plano del universo» visto como estructura o realidad tal como se experimenta). Además de este «aprendizaje de la cultura», la universidad debe enseñar al estudiante los procedimientos más directos y eficaces que el intelecto humano pueda idear para que sea un profesional «bueno» o cualificado. El dominio de la investigación o indagación «científica» no es necesario, aunque hace falta familiaridad suficiente con ella para evitar la confusión, por ejemplo, entre el médico y el fisiólogo, y dar al médico estimación y respeto hacia el fisiólogo como investigador, cuyos hallazgos pone en práctica la medicina. El médico

debe conocer la ciencia de la fisiología sin *ser* fisiólogo. Confundir a los dos es impedir que ambas profesiones sean eficaces y que la ciencia busque la verdad. Es esta confusión la que lleva al dominio de la investigación científica en las universidades del siglo XIX y, en consecuencia, la pérdida del interés por la cultura, cuyos resultados son patentes en nuestro tiempo. Estos resultados son que incluso aquellos que han tenido una educación universitaria viven vidas incultas, condenados a un plano inferior al grado de ilustración de su época, constreñidos a existir a un nivel infrahumano.

Puesto que la nuestra es una era científica, el contenido de la cultura contemporánea deriva en gran parte de la ciencia, sin estar identificado con ella. La cultura no es nunca un hecho científico. Es una *fe* vital, una *dirección* especial que damos al cultivo de nuestras potencialidades animales, una *convicción* característica de los tiempos. La ciencia no es algo por lo que vivimos, mientras que la cultura es la interpretación misma de la vida. Sin este conocimiento, aun el profesional o científico, por lo demás bien preparado, es presa desavisada de acciones arbitrarias. Sólo cuando la universidad sea fiel a su misión original volverá a ser lo que fue en su mejor momento: una fuerza motriz en la historia de la humanidad.

Si cruzamos el medio siglo que va de 1930 a 1980, volvemos a ver en letra impresa palabras dedicadas, por un español, a tratar de «la misión de la universidad». Las circunstancias de estas dos conferencias universitarias emparentadas son notablemente similares. Como en 1930, España estaba (está) en 1980 ante un nuevo horizonte, con reformas en el aire. Marías pronunció su discurso, titulado «La nueva misión de la universidad», como lección inaugural del primer puesto docente que ha ocupado en España, la «Cátedra José Ortega y Gasset» de Filosofía Española, en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Haciendo honor al nombre de su cátedra y a su frecuente reconocimiento de su genealogía intelectual, Marías dedicó la primera parte de su charla a hacer un resumen (necesariamente más breve que el que hemos expuesto aquí) de la conferencia de Ortega de 1930, y de algunas de las circunstancias que rodearon su concepción y su celebración. Después habló de lo que había ocurrido en los cincuenta años intermedios. El resultado fue su tesis de que existe una «nueva» misión de la universidad, tanto en el sentido de que los tiempos han cambiado como en el de que la Universidad Nacional de Educación a Distancia es una nueva y distinta especie de institución. Es lo que en los Estados Unidos, donde Marías ha sido (es) profesor universitario durante tres décadas, sobre lo cual ha escrito interesantes cosas, se llama una «universidad abierta», una institución experimental con métodos y técnicas nuevos. Al explicar esta tesis de una nueva misión de la universidad, Marías deja ver muy concretamente en qué sentido su filosofía de la enseñanza superior es ininteligible sin la anterior exposición de Ortega, sin ser una mera repetición de ella. Más bien es, como veremos, una aplicación creadora de los principios de Ortega a una situación histórica nueva y en gran medida imprevisible.

De las muchas cosas que han pasado entre 1930 y 1980, Marías considera fundamentales dos: una es la politización de la universidad, y la otra su fabuloso crecimiento, de tal forma que el cambio cuantitativo ha dado lugar a un cambio cualitativo: a una «nueva» institución de enseñanza superior.

Existían (existen) de hecho dos formas de politización: una que era *en* la universidad, y otra que era *de* la universidad. La politización durante la Dictadura era una politización *en* la universidad, resultado de una búsqueda legítima y justa de vida política, debido a que las actividades, los partidos, las publicaciones y las elecciones políticas estaban prohibidos en la sociedad en general. En consecuencia, los que querían tener alguna forma de actuación política —recordando que «la política es necesaria para la vida de una sociedad civilizada»— buscaban una arena de repuesto. La universidad es uno de los lugares en que puede emprenderse la actividad política con menos riesgos y más facilidad, ya que está más aislada y es menos controlable. Es más fácil convencer —o inflamar— a los estudiantes de que tienen derecho a ejercer una actividad política, aunque sea al precio de impedir que la institución funcione verdaderamente.

Por grave que sea esta situación de politización *en* la universidad, es peor si lo que ocurre es la politización *de* ella. Aun bajo la Dictadura de Primo de Rivera y durante los años de la República hasta el estallido de la guerra civil, durante la cual a todos los efectos no había universidad, la universidad fue capaz de funcionar como tal. El profesorado no se nombraba por sus afiliaciones políticas, ni las materias de enseñanza estaban sujetas a la aprobación del gobierno. La politización *de* la universidad se produjo en 1939. A partir de este año existió una imposición no sólo de los profesores, sino del propio contenido de la enseñanza: imposición que perturbaba los cimientos mismos de las instituciones de enseñanza superior. En 1951 se produjo una mejoría francamente perceptible, aunque sólo para dejar paso a una regresión en 1956. Esta fue provocada por el hecho de que los intelectuales universitarios como cuerpo, en lugar de defenderse *contra* la politización, iniciaron acciones políticas que condujeron al triunfo mismo de ella. En vez de derivar de la politización hacia la independencia, las universidades evolucionaron hacia otras dependencias que comprometieron su integridad y de las que todavía no se han liberado.

A partir de 1976, la continuada politización *de* las universidades españolas se hizo absolutamente injustificable, ya que entonces era posible la vida política en todo su alcance en la sociedad en general. Incluso dejó de tener justificación la politización *en* la universidad, aunque ambas existían, en opinión de Marías, en 1980. Esta persistencia injustificada significa una pérdida tanto de calidad como de eficacia y, si dura mucho más, conducirá a una decadencia nacional, a una nación de segundo orden. El arcaísmo de la universidad, por desgracia, no se limita a España, y es, por tanto, más difícil de combatir. El arcaísmo consiste en el olvido del pasado *reciente* —tan reciente que no ha pasado en realidad— que es el comienzo

del presente. Al hacer esto, uno cae en el *verdadero* pasado, y lo toma por el presente.

Las observaciones de Marías sobre el arcaísmo en las instituciones de enseñanza superior en el último cuarto del siglo xx son paralelas a las que hizo Ortega acerca del arcaísmo en el primer cuarto del mismo siglo, cuando las prácticas eran todavía las del siglo anterior. Ambos filósofos insisten en la aplicación del criterio de la necesidad de que la vida universitaria se viva «a la altura de los tiempos», pues ambos son conscientes del papel creador que desempeña la institución de enseñanza superior en capacitar a la sociedad para abordar con éxito el futuro. Incluso, igual que Ortega expresaba su esperanza de que la generación estudiantil de 1930 aceptaría el desafío de reforma que el anterior arcaísmo académico hacía necesaria, Marías declara su esperanza de que los que ingresen en la universidad en la década de 1980 rechacen el arcaísmo académico imperante en lugar de permitir que los haga sus víctimas. Sólo con la terminación de tal arcaísmo volverá la sociedad académica a «ponerse en forma»: a tomar la forma necesaria para cumplir su deber en el cuerpo social.

El otro cambio fundamental que se ha producido en la enseñanza superior respecto al siglo pasado ha sido su tremendo crecimiento no sólo en número de alumnos dentro de cada institución ya existente, sino también del número de universidades, aun cuando el aumento de éstas en España es relativamente modesto en comparación con ciertos países. Esto representa un enorme incremento de su coste económico, pero significa todavía más una gran multiplicación del número de profesores que se necesita para mantener una proporción aceptable entre enseñantes y enseñados. La cuestión es: ¿existe un número lo bastante grande de personas a la vez inclinadas a la enseñanza y capacitadas para ella? Aunque todo el mundo tiene derecho a una educación, al menos al nivel elemental, debemos preguntarnos si todo el mundo tiene derecho a enseñar. Los que tienen vocación docente son, como en cualquier profesión, pocos. Por esta razón, la universidad de 1980 no puede cumplir su misión respecto a su crecido cuerpo estudiantil con las mismas técnicas exactamente que empleaba en 1930. En esto la profesión de la enseñanza es como las demás: debe utilizar las mejores técnicas de su época para cumplir sus obligaciones.

La universidad es, sobre todo, una sociedad que consiste en la convivencia de profesores y alumnos. Estos profesores han de pensar delante de sus estudiantes, es decir, *para* ellos y en diálogo *con* ellos. Esta forma de convivencia, y sólo ésta, produce el «contagio de pensamiento», que es la única justificación de la existencia misma de la universidad. La influencia que un profesor consciente ejerce en los alumnos —estimulándolos a imitarlo en su teorización sistemática— no puede nunca ser sustituida por la lectura de un libro, aun cuando contenga ideas sobre las que valga la pena reflexionar. La facilidad y rapidez con que en la actualidad podemos viajar posibilita a todos los que tengan algo que decir, profesores o no, el enseñar en varios lugares distantes. Otros adelantos tecnológicos como la

radio y —especialmente— la televisión ofrecen hoy a millones de personas la oportunidad de asistir a lo que sólo unos cientos, a lo sumo, podían presenciar hace medio siglo: el nacimiento y desarrollo del pensamiento de grandes maestros. Así pues, la tecnología moderna ha hecho posible compartir un sistema de ideas vivas acerca de nuestro tiempo con aquellos que lo necesitan desesperadamente para cumplir su papel en la vida pública. En otras palabras, la misión principal que Ortega señalaba hace cincuenta años, la transmisión de la cultura, es hoy más posible mediante la utilización creadora de la tecnología. Hoy día existe aún menos motivo para que los que ejercen una profesión sean culturalmente analfabetos, para que, pese a su enorme cúmulo de conocimientos, sean inconscientes de «dónde» y «cuándo» están viviendo.

La cantidad de conocimientos que un estudiante puede de verdad asimilar es un problema cada vez mayor, dada la rápida expansión del saber. Posiblemente no exista nadie capaz de conocer todo cuanto se ha escrito sobre un tema determinado, ni siquiera los títulos de las publicaciones. De aquí que nos enfrentemos —más que nunca— con el problema de lo que no sabemos, de lo que es innecesario aprender y enseñar, y de lo que no tenemos por qué saber. De aquí que sea imperativo el que seamos capaces de escardar aquellas publicaciones que no contienen una sola idea en estricto sentido, que citan incontables fuentes en diversas lenguas sin reflexionar siquiera sobre un solo texto, que son en realidad sencillamente ilegibles. Para lo único que valen estas publicaciones es para aumentar los ingresos de sus autores, hacerles avanzar un paso más en sus carreras; por lo demás, desde el punto de vista intelectual carecen de interés.

La convivencia de profesores y alumnos, que es la esencia de la universidad, es un ejemplo de la experiencia vital de diferentes generaciones. Cada generación se caracteriza por su repertorio de usos y creencias, que comprende su propia forma peculiar de vida, su manera de hablar, su léxico, sus normas de cortesía, etc. Los estudiantes en general pertenecen a la generación más joven (aunque cada vez hay más estudiantes mayores o que no pertenecen a la escala de edades tradicional), mientras que los profesores constituyen más de una generación (entendida en el sentido orteguiano de período de quince años), a menudo tres generaciones, cada una de las cuales pone su rica experiencia al servicio de la convivencia académica. Esta interacción o intercambio entre las generaciones es precisamente la mayor fuerza del desarrollo histórico.

La intención de estos resúmenes de las conferencias sobre la filosofía de la educación superior de Ortega y Marías es la de realzar la observación de Marías sobre lo que caracteriza la relación entre un pensador y un maestro: inexplicable *sin* él, irreductible *a* él. Los principales argumentos de Ortega tocan temas que él había ampliado, o ampliaría más tarde, en publicaciones como *En torno a Galilea* (sobre las generaciones en la historia), *La rebelión de las masas* (sobre la estructura de la sociedad y el no-barbarismo), *El hombre y la gente* (sobre la estructura de la vida humana) y

¿Qué es filosofía? (sobre la naturaleza de la indagación filosófica). Los principales argumentos de Marías se ocupan de la mayoría de esos mismos temas y reflejan su prolongación de las teorías de su maestro, publicadas o no, en estudios como *El método histórico de las generaciones*, así como en ensayos sobre el tema: *La estructura social*, *Antropología metafísica* e *Introducción a la filosofía*.

En cada caso, la ampliación que Marías hace de las intuiciones iniciales de Ortega ha sido un «desarrollo» de las teorías de su maestro en el sentido más creador de la palabra. Este desarrollo pone de manifiesto un conocimiento cabal por parte de Marías de las ideas básicas de Ortega y un completo acuerdo con ellas. Revela además una penetración en lo que, a un tiempo, distingue e identifica, separa y une su generación histórica con la de Ortega. En consecuencia, Marías es capaz de aplicar las teorías de su maestro a dimensiones de la realidad que no existían en tiempos de Ortega. En cada caso la validez de las intuiciones de Ortega resulta confirmada con mayor profundidad en el pensamiento de Marías porque la expansión de las teorías de Ortega arroja mayor luz sobre las realidades, hace las situaciones más inteligibles.

El desarrollo que hace Marías de la teoría de Ortega sobre la misión de la universidad es un ejemplo de cómo ha ampliado las intuiciones originales de su maestro a nuevas condiciones históricas. La universidad de hoy, según Marías, es «nueva» en el sentido de que su tremendo crecimiento cuantitativo ha dado lugar a un cambio cualitativo. En otras palabras: el ingente número de estudiantes de todas las clases económicas que hoy buscan una educación superior requiere técnicas de enseñanza cualitativamente diferentes de las de hace medio siglo. La «nueva» universidad necesita un enunciado «nuevo» de su misión, en el sentido de que la universidad debe tomar medidas para su reforma mediante una despolitización que la haga independiente en el grado necesario para que pueda cumplir su misión original y todavía esencial de culturizar a quienes buscan una enseñanza superior. La intuición de Ortega señaló la auténtica y perdurable misión de la universidad como requisito previo a la reforma que se necesitaba en su tiempo (1930): una moderación del énfasis en la investigación y la pro-fesionalización, con objeto de culturizar a aquellos que buscan una enseñanza superior. Marías desarrolla la intuición de Ortega señalando la reforma que se necesita hoy: la aplicación de técnicas electrónicas que capaciten a los profesores para pensar junto con sus alumnos, y una despolitización de la institución. Ambos creen —y con razón— que sólo de esta forma la generación más joven, que pronto ocupará su puesto en la vida pública de su sociedad, estará en plena forma, o en forma intelectual, para contribuir al bienestar del cuerpo social.

A. D.*